

REVISTA
DE
CIENCIAS ECONÓMICAS

PUBLICACIÓN MENSUAL

DEL

Centro Estudiantes de Ciencias Económicas.

DIRECTOR:

ROBERTO A. GUIDI

AÑO 1

NÚM. 10

ABRIL DE 1914



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
1835 - CALLE CHARCAS - 1835
BUENOS AIRES

NOTAS MARGINALES

Magister dixit...

Sabido era, y por eso se callaba, que en Europa poco se nos conocía. Dábasenos ínfima importancia, tal vez por ser todavía «sauvages». Pero los argentinos creíamos ingenuamente que después del centenario los europeos habían variado un poco el concepto, colocándonos en el lugar que modestamente nos corresponde como país joven, pero ya encaminado en la verdadera senda del progreso.

Sin embargo parece que no ha bastado la racha de conferencistas y visitadores que se nos ha venido encima, algunos de los cuales han escrito libros y vertido sus opiniones en la prensa.

Un colega de la tarde nos hace conocer, por medio de una interesante correspondencia de París, el juicio que al importante diario «Le Temps» le merecen la Argentina y el Brasil. Según dicho juicio, no hay quien preste dinero a estos países, los cuales, a pesar de que poseen cuantiosos bienes, «no inspiran la suficiente confianza».

Vamos a hacer lo que los parisienses, que de todo rien. Riámonos de la calumnia, de la mala fe o de la simplicidad del redactor del más importante diario de la ciudad luz, porque, por otra parte, no hay modo de tomar en serio ciertas cosas.

Intercambio necesario.

No ha mucho decíamos que debía fomentarse el intercambio entre Chile y la Argentina. Nuestros pareceres coinciden, en lo que respecta al vino, con el del administrador de la aduana de Mendoza, dado a un periodista en Santiago de Chile y transmitido por telégrafo.

Dice el telegrama: «Hizo mención de las maderas chilenas, pues en Mendoza se importan las similares de Estados Unidos a precios muy altos. Respecto a los vinos, manifestó su opinión de que deben rebajarse los derechos que pagan los vinos chilenos, que en la Argentina tendrían gran aceptación, pues ahí es tal el consumo que

los industriales, para poder dar abasto, fabrican caldos sólo regulares, a fin de obtener mayor ganancia».

«Creced y multiplicaos».

Las estadísticas alemanas comprueban la alarmante disminución de la natalidad, mal que aqueja actualmente a casi toda Europa.

En 1906, Gustavo Le Bon criticaba la alarma producida en Francia con motivo de este grave mal, que tanto preocupa a los gobiernos, haciendo notar que no sólo en Francia sino también en Alemania y otros países ocurría lo mismo.

Sabemos que las leyes tendientes a evitar la falta de hijos o la limitación en su número no han surtido efecto en Francia ni en Inglaterra. Alemania encara actualmente el problema; veremos si lo resuelve.

En Berlín, durante los años 1876 a 1880, el término medio de nacimientos por cada mil mujeres de 15 a 45 años era de 149, mientras que durante los años 1906 a 1910 el mismo término medio fué de 84.

Del mismo modo, se observa que los distritos urbanos son menos fecundos que los rurales, aunque en todos disminuye la natalidad. En las mismas fechas citadas anteriormente, los distritos urbanos dan un promedio de 161 y 118 nacimientos y los rurales 183 y 169.

La cuestión es más grave de lo que a simple vista parece, toda vez que su solución requeriría la averiguación de las causas que determinan el fenómeno. Nada será, seguramente, tan difícil, desde que sería preciso saber, desde luego, si obedece o no a la voluntad del hombre.

Autoridades previsoras.

En Nueva York, la administración comunal ha tomado la decisión de hacer visitar cada mes, por encargados especiales del cuerpo de bomberos, los grandes almacenes y depósitos en los que con más frecuencia se producen los mayores incendios. Los bomberos deben vigilar el estado y la conservación de los aparatos de seguridad.

Esta inteligente medida es digna de ser imitada entre nosotros, ya que son tan numerosos los grandes incendios que se producen periódicamente en la Capital Federal.

Una medida análoga a la tomada por las autoridades yanquis sería de beneficiosos resultados para la mayor seguridad de los grandes depósitos y almacenes, lográndose quizá una disminución en las cifras que registran casos de incendios.

El placer de no hacer nada.

Pueden contarse por centenares los hombres que en Buenos Aires ignoran por completo lo que es el campo, que desconocen en ab-

soluto qué género de vida se hace fuera de la Capital Federal. Y no se crea que todos ignoran esto a causa de su pobreza; muchos, por simple desidia, por falta de iniciativa o por prejuicios infundados, suponen que la vida fuera de la Capital es una verdadera calamidad; otros, más optimistas, juzgan al campo desde el punto de vista de la ciudad.

Ambos criterios son equivocados, pero no son los que más perjudican a la colectividad; hay un tercer elemento, mucho más pernicioso: es el individuo sin orientación, que todo lo acepta buenamente, el incondicional de toda autoridad, sin otra mira que la de pasar la vida lo mejor posible, de moralidad dudosa y escasa inteligencia, logrero y fanfarrón. Generalmente es empleado. Se reduce a trabajar lo menos posible dentro de su oficina, mejor dicho, de la oficina de otro y, preferentemente, una del Estado. El resto de su tiempo lo gasta en lo que él llama divertirse: paseos vespertinos por Palermo, lectura de noticias sensacionales y teatro de chiste grueso.

Este tipo de individuo forma legión y está representado en toda la escala social, desde el «muchacho distinguido» hasta el «malevo». Todos se asemejan en su amor al traje, al peinado, a la corbata, a los botines, etc.

Todos son perjudiciales, desde que no son capaces de ninguna iniciativa, así sea en beneficio propio. Las posiciones que ocupan son debidas a influencias: unos por vinculaciones de familia con los gobernantes, otros por ser generalmente elemento electoral.

Dejemos a un lado a los que, faltos de recursos, llevan una vida precaria, con un modesto sueldo. Hay además pequeños capitalistas, cuidadosos de su fortuna, debida a cualquier favor de la suerte, que hacen vida vegetativa ayudando a su rentita con la retribución mensual de su empleo.

Tal medio de vida, condenable por muchos conceptos, tiene el grave defecto de ser contrario a las normas económicas: el capital inactivo y escaso lleva forzosamente hacia la usura a su poseedor, el cual, falto de aptitudes para moverlo, le hace producir el máximun con el mínimun de circulación.

Y tenemos así tres cosas malas: un capital caro, un hombre que consume sin producir y un empleo que podría ocupar una persona que verdaderamente lo necesitara.

El capital, empleado en esa forma, sólo podrá conservarse durante cierto tiempo, y, si no lo divide y consume de golpe cualquier azar del destino, la muerte de su propietario hará que se disgregue en pequeñas porciones fácilmente consumibles.

He ahí una energía completamente malgastada; una suma que, aplicada a cualquiera otra actividad productiva, pudo haberse multiplicado, prestando, de paso, positivos beneficios a la colectividad.

Nuestro país ofrece campo a muchas actividades; hay vastas ex-

tensiones de tierra inculta, hay ciudades en embrión, hay industrias-nacientes, que necesitan energías materiales y morales que las hagan prosperar. Allí está la verdadera vida del cuerpo y del espíritu: en el trabajo fecundo, en la actividad productora de cosas útiles, en la lucha por la vida.
